

que te agrada en los otros. Con este importante estudio se endulza el genio mas agrio, y el natural mas desabrido se suaviza. Ten presente que ni ha habido ni habrá jamás virtud verdaderamente cristiana sin dulzura.

DIA TREINTA.

SANTA MARTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació santa Martina en Roma de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fué tres veces cónsul. Fué su dichoso nacimiento hacia el principio del segundo siglo. Eran sus padres cristianos; y así criaron á la niña con el mayor cuidado y con la mayor piedad. Desde sus mas tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fué ejemplar y aun confusion de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra religion, y favorecida de dones celestiales, solo se ocupaba en obras de caridad, pasando los dias en la oracion y el retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba tambien adelantando en sabiduria y piedad.

Imperaba á la sazón Alejandro Severo, que, aunque se mostró favorable á los cristianos, no por eso dejó de hacer muchos mártires, entre los cuales fué una nuestra Martina. Es verisimil que la persecucion fuese obra de los ministros del emperador, y que sin noticia del príncipe desahogasen ellos el odio que tenian contra los cristianos, cubriéndose con las leyes del imperio y con los decretos de los emperadores, que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados que Martina era cristiana, la mandaron comparecer en nombre del emperador para que diese razon de la

religion que profesaba. Compareció la santa doncella con un semblante tan majestuoso, y con una modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto, y aun con veneracion. Preguntáronla luego si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo, respondió la santa con tono firme y con resolucion modesta, y me hacen mucha lástima los que no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, la replicó uno de los jueces, que una doncella de tu distincion, de tu entendimiento, de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasias y supersticiones de los cristianos? Deja de reconocer por Dios á un hombre que por sus delitos fué crucificado, y ven inmediatamente conmigo al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este dios, á quien profesa singular devocion nuestro augusto emperador, derramará sobre ti á manos llenas beneficios y favores, luego que le rindas aquella veneracion y aquel culto que por tantos titulos le son debidos.

Como no reconozco otro Dios mas que el único á quien adoro, replicó Martina, tampoco debo rendir á otro ni veneracion ni culto. Mi mayor nobleza, y la prenda mayor de que me precio, es de ser cristiana; teniendo tambien por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre y ofrecer mi vida por mi religion. Admirome ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por dios á una estatua de mármol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artifice que vale mucho mas que ella: y para que conozcais por vuestra propia experiencia cuan ridículas son estas divinidades quiméricas, á las que dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y veréis como reduzco en polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.

Irritados los jueces al oír una respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para que en él ofreciese sacrificio; y caso de resistirse á obedecer, que sin remision alguna fuese atormentada con los mayores suplicios.

Apenas descubrió la santa el templo adonde la llevaban, cuando levantando los ojos y las manos al cielo, hizo esta devota oracion: « Dios y Salvador mio, » que sacasteis de la nada á todas las criaturas, y » que todas las reducís á la nada cuando es vuestra » voluntad, dignaos de oír la oracion de esta humilde » sierva vuestra, y haced ver á este ciego pueblo » que solo vos mereceis nuestra adoracion y nuestro » culto, y que los ídolos suyos, que son obra de sus » manos, son indignos de la menor veneracion. »

Apenas acabó la santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto que llenó de terror á todos: una parte del templo se desplomó, la estatua de Apolo quedó hecha mil pedazos; y se oyó la voz del demonio que residia en aquel idolo, que dijo en tono lamentable: « ¡ O Martina, sierva del » verdadero Dios, tú me arrojas de mi mansion, donde » vivia tantos años ha; es preciso ceder á la omni- » potencia de tu Dios, que va á llenar de calamidades » á este imperio ! »

Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del emperador; y temiendo el furor del pueblo, que atribuía los milagros de los cristianos á magia y encantamiento, mandaron que sin respeto á la calidad ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesos bastones nudosos, y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio estaba la santa doncella bendiciendo á nuestro Señor Jesucristo, y dándole gracias por la merced que la hacia de padecer algo por su santo nombre y por su gloria. Consolóla el Señor, y la alentó con una luz

celestial, asegurándola que triunfaria de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dejaron de atormentarla, y arrojándose á sus piés, declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la santa que les alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oídos pronto, pues que el juez les mandó cortar á todos la cabeza al momento.

No cabia en sí de gozo santa Martina al ver la victoria que su dulce esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y como el tirano la apretase para que ofreciese sacrificio, y no se quisiese exponer á que se ejecutase con ella lo que se acababa de ejecutar con los otros, le respondió la santa virgen con cristiana intrepidez, que los tormentos mas crueles eran para ella favores insignes y placeres exquisitos; y que así, en vano se cansaba en tentar su fe y su constancia. Enfurecido el tirano, mandó que la despedazasen de nuevo con gárfios agudos, y que la llevasen arrastrando al templo de Diana, para que á lo menos se hallase presente al sacrificio de aquella diosa; pero apenas apareció en él la santa, cuando el demonio salió del templo haciendo un espantoso ruido, á que se siguió un rayo, que redujo á ceniza la estatua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacia á la religion del emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con crueles suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroina, que en medio de los mayores tormentos no cesaba de bendecir y de alabar al Señor, hasta que, cansado en fin el tirano, lleno de confusion por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza, coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fe y su virginidad.

Fué siempre célebre en Roma la memoria de esta

insigne santa, en cuyo honor se edificó una capilla en el mismo lugar donde estaba sepultada, al pié del monte Capitolino. Pero lo que aumentó mucho mas la celebridad de su culto, fué la invencion y la traslacion de sus reliquias, en el pontificado de Urbano VIII. Hallóse el sagrado cuerpo entre las ruinas de la primitiva iglesia el dia 25 de octubre del año de 1634. Estaba cerrado en una como caja ó ataud de barro, la cual descansaba sobre una gran piedra, y todo dentro de un nicho ó de dos estrechas paredes, cubierto de tierra y de cascajo. La cabeza estaba separada en una fuente ó vasija de cobre toda desgastada y medio roida del orin, y daba indicios de ser cabeza de una doncellita de pocos años. Asistió á esta célebre traslacion el papa Urbano VIII, con gran número de cardenales, y desde entonces creció mucho la devocion con santa Martina, así en Roma como en toda la cristiandad.

SAN LESMES, ABAD.

San Lesmes, uno de los mas célebres abades del orden benedictino, nació en la ciudad de Leon de Francia, de muy distinguidos padres en nobleza, riquezas y piedad, los cuales aprovechándose de su bello natural, vivo y perspicaz ingenio, sobre formarle en los sólidos principios de la religion cristiana, procuraron instruirle en las ciencias liberales. Despues, por voluntad de los suyos siguió la carrera militar, sin que la licenciabilidad de esta profesion fuese capaz de manchar en lo mas mínimo la pureza de su alma. Muertos sus padres, oyendo en la iglesia al tiempo de cantarse el Evangelio, aquel admirable consejo de Jesucristo sobre la perfeccion, á saber: Si quieres ser

perfecto, ve, y vende cuando posees, y dalo á los pobres; hicieron en su corazon tanta impresion estas palabras divinas, que, siguiendo el ejemplo de aquel célebre padre de los desiertos de Egipto, el grande Antonio, distribuyó entre los necesitados su cuantioso patrimonio, para poder conseguir, libre de los impedimentos de esta vida, los bienes de la eterna. Quejáronse sus parientes del reparto, alegando serles debida la preferencia; pero Lesmes les satisfizo, que en la distribucion no era su ánimo atender á los vínculos de la carne y sangre, sino granjear por este medio los lucros que ofrecen las promesas divinas en la eternidad.

Pareciéndole menos proporcionada su patria para conseguir el fin á que aspiraba, se ausentó de ella una noche, sin otra compañía que la de un criado fiel, de quien se despidió á poco en el camino, cambiando el vestido con él, dándole al tiempo de la separacion los mas santos y saludables consejos sobre que no se atreviese jamás á ofender á Dios con el mas leve pecado. Solo, dirigió su rumbo á Roma con el fin de visitar los santos lugares que se veneran en aquella capital, conduciéndose á pié descalzo en la peregrinacion, como un mendigo, pidiendo de puerta en puerta el alimento preciso para pasar la vida. Quiso ver en Isoire, pueblo de Auvernia, al célebre Roberto, su conocido, abad del monasterio llamado Casa de Dios, quien le rogó con eficaces instancias se quedase en su compañía, para dedicarse al servicio del Señor bajo la disciplina de aquel instituto. No fué posible detenerle por entonces; pero le prometió volver á su sociedad concluida su peregrinacion.

Habiendo llegado á Roma, gastó dos años en satisfacer los deseos de venerar con el mayor fervor y devocion los santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, manteniéndose de limosna gustosísimo

con los demás mendigos, conforme lo ejecutó en toda su peregrinacion, para satisfacer la máxima que Jesucristo recomendó á sus apóstoles. Habiendo vuelto á cumplir la palabra que dió al abad Roberto, le desconoció este al pronto por lo desfigurado que se había puesto al rigor de su penitencia, y admitiéndole con las demostraciones del mayor aprecio entre los alumnos de aquel monasterio, vistió con las insignias benedictinas á aquel militar de Jesucristo, no dudando de las ventajas que lograria aquella casa de Dios con un individuo de tan eminente virtud. No salieron frustradas sus esperanzas, pues en muy breve tiempo acreditaron los progresos de Lesmes en la carrera de la perfeccion el concepto que se formó de su persona. A todos los monjes llenó de admiracion su oracion continua, su abstinencia, sus ayunos y rigor de penitencia, su profunda obediencia y humildad. Era tan observante del silencio, que solo hablaba por necesidad, ú obligado de precepto superior; y brillaba sobre todo en el amor de la paz y concordia de sus hermanos: de forma que, habiéndose propuesto seguir los vestigios de su santo patriarca, y los de otros héroes recomendables del instituto, lo logró á costa de incesantes mortificaciones.

Sin embargo de que en la religion benedictina se comete el magisterio de los jóvenes á sugetos antiguos y aprobados para el empleo, fiaron este encargo á Lesmes muy á los principios de su entrada, en el concepto de que alentaria en el fervor á los mas tibios con su ejemplo, doctrina y virtud; lo cual se verificó, saliendo de su escuela muchos recomendables discipulos capaces de dar honor al instituto. Por obediencia ascendió al órden sacerdotal, para que fuese útil á los demás fieles, dispensando las funciones del carácter con la edificacion que cabe en un ministro digno del altar.

Habiendo ascendido el abad del monasterio á la dignidad episcopal, todos los monjes pusieron los ojos en Lesmes para sucesor, cuyo empleo rehusó por cuantos medios son imaginables. Pero se rindió en fin á las reconvençiones que le hicieron de que resistia á la voluntad divina, y tuvo tal acierto en el gobierno, que logró ser agradable á Dios y á los hombres, á pesar de ser cosa muy dificil en los superiores que se interesan en la observancia regular. Pero como todos sus deseos eran por el retiro para dedicarse con quietud y tranquilidad en altas contemplaciones, por medio de las cuales le dispensaba el Señor extraordinarios consuelos, resentida además de esto su profunda humildad de los honores que le tributaban en el empleo, le renunció muy contra la voluntad de los monjes, confesándose indigno del ministerio.

Los asombrosos milagros que obraba cada dia Lesmes de prodigiosas curaciones con el santo nombre de Jesus (al que profesaba tanta devocion, que al proferirlo, inclinaba la cabeza, ó fijaba los ojos en tierra en señal de veneracion), hicieran célebre la fama de su santidad en todos los confines de Francia é Inglaterra, y le impedian conseguir allí la apetecida quietud, por la multitud de gentes que concurrían á él para consuelo de sus almas y remedio de sus enfermedades, cuando se ofreció ocasion oportuna de disfrutarla en España.

Entendida Costancia, mujer de Alfonso VI, rey de Castilla y Leon, de la santidad y eminente virtud de Lesmes, persuadió á su esposo que le rogase pasar á España, á fin de ilustrarla con su doctrina y ejemplo; pues necesitaba por entonces varones de su clase, por estar recién conquistada de los moros, los cuales dejaron en ella no poca infeccion. Hizo Alfonso el empeño, y condescendió Lesmes con la condicion de que no se le obligase á seguir la corte, siendo su

ánimo vivir retirado para dedicarse con tranquilidad al servicio del Señor. Admitida la propuesta, eligió para su habitación la ermita de san Juan Bautista, contigua á la ciudad de Burgos, con el objeto de hospedar á los pobres peregrinos que pasaban á visitar el sepulcro de Santiago en Galicia; cuyo oficio dispensó con tanto amor, con tanta afabilidad y entrañable caridad, que llenaron de asombro á cuantos pudieron entender el esmero de su piedad. En vista de lo cual, le concedió Alfonso muchas posesiones para que invirtiese sus rentas en tan piadosos designios, encomendándose con su real familia y reino á su poderosas oraciones para con Dios, bien acreditadas en los prodigios que obraba cada día.

Ocupado en tan loables hechos, llegó el fin de su vida. Quiso el Señor probarle por medio de una aguda y grave enfermedad, en la que dió pruebas de su pacífico sufrimiento y resignacion en todo con la voluntad de Dios; mostrando una alegría extraordinaria en los dolores mas vivos, ansiosa su alma de disolverse de los vinculos del cuerpo para unirse con Cristo. Recibió de mano del arzobispo de Burgos los sacramentos con la ternura y devocion propia de su abrasado espíritu; y despues que dió gracias, rogó le llevasen al oratorio de la capilla dicha, y entonando al tiempo de entrar aquellos versos de David: *Sálvame, Señor, en tu nombre, y júzgame en tu virtud; en tus manos encomiando mi espíritu; abrazado con un crucifijo, pasó á disfrutar los premios eternos por los años 1070, con imponderable sentimiento de la ciudad, que lloró su falta como la de un amoroso padre que era el refugio de todas sus necesidades espirituales y corporales.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Martina, virgen, mártirizada el primer día de este mes.

En Antioquía, el martirio de san Hipólito, presbítero, el que primeramente se dejó arrastrar por engaños al cisma de Novato; pero, reconociendo su falta, por un efecto de la gracia de Jesucristo, tornó á la unidad de la Iglesia, y por ella y en ella sufrió despues un glorioso martirio. Como antes de morir le preguntasen sus amigos cual era la secta verdadera, abominando la herejía de Novato, respondió que era necesario guardar la fe que profesa la Cátedra de san Pedro; despues de lo cual tendió su cuello al verdugo.

En Africa, los santos Feliciano, Filapiano, y otros ciento veinte y cuatro mártires.

En Edesa de Siria, san Barsimeo, obispo, que, habiendo convertido á la fe á muchos paganos que envió delante de sí al triunfo, les siguió despues en tiempo de Trajano, logrando la corona del martirio.

En la misma ciudad, san Barses, obispo, célebre por el don de curaciones, el cual acabó su vida en aquellas regiones, adonde habia sido desterrado por Valente, emperador arriano.

Además, san Alejandro, venerable por su grande ancianidad, y por haber confesado muchas veces la fe: habiendo sido preso durante la persecucion de Decio, entregó su alma en medio de las torturas.

En Jerusalem, san Matías, obispo, del cual se refieren cosas maravillosas que son otras tantas pruebas de la grandeza de su fe: habiendo padecido mucho bajo el emperador Adriano, murió en paz.

En Roma, san Félix, papa, que trabajó mucho en defensa de la fe católica.

En Pavia, san Armentario, obispo y confesor.

En Maubeuge en el Hainaut, santa Aldegonda, virgen, que floreció en tiempo del rey Dagoberto.

En Milan, santa Savina, mujer religiosísima, que mientras estaba orando en el sepulcro de los santos Nabor y Félix, durmió en el Señor.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui inter cætera potentia tuæ miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatæ Martinæ, virginis, et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste tambien victorioso al sexo frágil en los tormentos del martirio; concédenos benigno la gracia de que, honrando el nacimiento al cielo de la bienaventurada Martina tu vírgen y mártir, logremos caminar á tí, sirviéndonos de guía sus ejemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51 de la Sabiduria, y la misma que el dia XXI, pág. 359.

NOTA.

« En la vida de santa Inés se dijo que la Iglesia apli-
» caba á las vírgenes y mártires la accion de gracias
» que Jesus, hijo de Sirach, rindió á Dios por los pe-
» ligros de que le libró. Estos peligros que describe
» aqui individualmente, son imágen alegórica de los
» que padecieron las vírgenes y mártires en las per-
» secuciones mas crueles, de los cuales las sacó con
» tanta felicidad y tanta gloria la mano del Todopode-
» roso: conviniéndolas con admirable propiedad todo
» cuanto se dice en la epistola del dia. »

REFLEXIONES.

Sirvamos á Dios con fidelidad; sirvámosle con perseverancia, que su majestad sabrá sacarnos felizmente de todos los malos pasos. Quanto mas se multipliquen los enemigos, quanto mayores sean los peligros, mas debemos contar sobre su proteccion, con tal que no sirvamos á otro dueño, y con tal que estos riesgos y estos enemigos no nazcan precisamente del empeño de querer servir á otro.

Es la vida una continua guerra; es menester que se sepa debajo de qué banderas se sirve, y por cuales intereses se pelea. Navégase por un mar borrascoso y lleno de escollos; si se pierde de vista el norte, no es posible navegar largo tiempo sin hacer naufragio. Es el mundo un pais enemigo; todo es tentacion, todo está lleno de emboscadas. Es el domicilio de la injusticia, es el solar de la mala fe, la disimulacion es la potencia dominante. Las pasiones, como leones que rugen, no son forasteras, antes estan en él avecindadas. Es propiamente region de trabajos y de pesadumbres. No hay rocío del cielo que temple sus ardores, y crecen las espinas con el riego de las lágrimas, que por eso es valle de ellas. Solamente la multitud de las misericordias del Señor pueden conservarnos en medio del mundo, como conservaron á los tres mancebos hebreos entre las llamas del horno. Solo su misericordia y su brazo omnipotente nos pueden librar de estos leones rugientes, hambrientos siempre, y siempre prontos á despedarnos. Solo él puede hacernos escapar de los que nos buscan para quitarnos la vida del alma. Sola su mano benéfica puede aliviarnos de las aflicciones que nos sitian, de la violencia del fuego que nos amenaza, de las entrañas del infierno en que nos quieren precipitar tantos enemigos. ¿Quién es el que estudia en ganar la buena gracia del Señor? ¿quién se mata, quién se aflige por merecer su proteccion? ¿quién se guarda, quién se desvela por no caer en tantos y tan grandes peligros? ¿quién recurre á la oracion sin cesar? Y despues de tanto descuido, se extrañará que sean tan pocos los que se salvan. La negligencia con que se vive en el importantísimo negocio de la salvacion; la portentosa seguridad con que se camina en medio de tanto riesgo; las pocas ó ningunas diligencias que se hacen para recobrar la gracia perdida; todo esto acredita, todo convence que

la reprobacion es obra de nuestras manos, y que, por nuestra desgracia, trabajamos tanto en esta infeliz obra, que al cabo salimos con ella. ¡Y mientras tanto vivimos con una tranquilidad que puede parecer modorra! ¿En qué se fundará esta falsa seguridad?

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XXI, pág. 362.

MEDITACION!

DE LA REPROBACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera toda la fuerza de aquellas terribles palabras: *Nescio vos*; no os conozco. A la hora de la muerte, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra eterna suerte, oir de la boca del Redentor, en quien únicamente teníamos puesta toda nuestra confianza: *De verdad os digo, no os conozco*. ¡Y esto sin réplica, y esto sin revocacion! ¿Qué impresion hará en una pobre alma este decreto fulminante?

La circunstancia hace mas vivo el sentimiento y el dolor. Comparece al mismo tiempo igual número de vírgenes, las cuales son muy bien recibidas. No eran algunas vírgenes de region extraña, ni de diferente condicion que la suya; eran las mismas con quienes habian vivido, cuya conducta y cuyos ejemplos habian tenido siempre á la vista. ¡O buen Dios, y qué suerte tan diferente! *No sé quién sois, no os conozco*. Así habla, esto dice el mismo Jesueristo. ¡O pereza! ¡ó flojedad! ¡ó falta de prevencion, y qué caro cuestas!

Eran vírgenes; su vida era irreprochable; pero se durmieron, se descuidaron en hacer su provision. Apagáronse las lámparas por falta de aceite; quisieron acudir por él, pero ya era tarde: llegó el esposo antes de lo que pensaban; en vano gritan que las abran la

puerta; respóndeselas de adentro que no las conocen. Esta es una vivísima imágen de tantas almas que, con pretexto de una vida bastantemente cristiana, parecen no tener otro defecto que una falta de prevision, una floja pereza, estando siempre dilatando para otro tiempo su total reforma y la resolucion de trabajar con mas celo, con mayor eficacia en el negocio de la salvacion. La vida regalona, ociosa, mundana, sensual y floja, nunca fué vida cristiana. ¡Buen Dios, cuántos y cuántos oirán en la hora de la muerte: *No sé quién sois, no os conozco*! Y ¿no tengo yo motivo para temer ser de este número?

¡Qué desgracia, dulcísimo Jesus mio, la de una alma redimida con vuestra preciosa sangre, que solo se perdió por culpa suya! ¡Qué desesperacion seria la mia, si con los auxilios que ahora me ofreeis no evitara esta desgracia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la reprobacion es el colmo de todas las desdichas, es el conjunto de todos los males. Todo lo cruel, todo lo desesperado que hay en el mundo, todo se une en una alma reprobada. Tal fué la suerte de las vírgenes necias. Pero ¿somos nosotros mas prudentes que ellas? No solo no tenemos el aceite que ellas fueron á buscar, pero ni quizá lámparas donde echarle. Casi toda la vida estamos dormidos cuando se trata del negocio de nuestra salvacion. Vendrá muy presto el esposo, y acaso está ya en camino. ¿Cuántos harán esta meditacion, á quienes el esposo dirá: *No os conozco*? ¡Qué desgracia la de los mundanos si esta venida les coge de repente y como de sorpresa! ¡Qué desesperacion la de las personas religiosas si las coge desprevenidas! ¿Acaso nos faltaban medios, y medios muy eficaces para prevenirnos?

Nuestra salvacion siempre es obra de la gracia del